

VICENTE MOLINA FOIX

HE LEÍDO TODOS TUS LIBROS

MANO AZUL

FÁBULA EN CUATRO ESCENAS

MÍNIMA TEATRO, 17



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección MínimaTeatro, 17

© Vicente Molina Foix, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores
C/ Mesón de Paredes, 73
28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com
www.puntodevistaeditores.com
@puntodevistaed

Director de la colección: Felipe Díez
Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Corrección ortotipográfica: Luis Porras
Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego
Fotografía del autor: © Asis. G. Ayerbe

ISBN: 978-84-18322-74-7

Thema: DD

Depósito legal: M-10721-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*
Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico,
cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

SUMARIO

He leído todos tus libros	9
Mano azul. Fábula en cuatro escenas	85

HE LEÍDO TODOS TUS LIBROS

PERSONAJES

RAFAEL SALGADO, escritor de mediana edad

INÉS, mujer joven que escucha

NIEVES, lectora de 23 años

FER, muchacho curioso

CLÍO, periodista latina entusiasta

[Una clienta episódica. Una librera. Una voz femenina en *off*]

PRIMERA PARTE

Una mesa con libros apilados, una silla detrás, y una gran fotografía ampliada de un hombre de mediana edad en la pared del fondo; sentado en la silla, el hombre de la foto, Rafael Salgado (su nombre está escrito bajo el gran rótulo de ALMACENES LA CONTINENTAL al lado de un título: La cerradura). Se le ve aprensivo, o tal vez solamente aburrido. Entra por la derecha una chica de veintipocos años y se acerca a la mesa.

CHICA. Hola.

RAFAEL SALGADO. Hola.

CHICA. Yo... he leído todos sus libros.

RAFAEL SALGADO. Ah. Muy bien. ¿Quieres que te firme este?

CHICA. No. Bueno, es que ya lo tengo. Leído. Estaba comprándome un bikini en la segunda planta y oí por los altavoces que firmaba usted... y me he acercado. Pero no traigo el libro.

RAFAEL SALGADO. No importa. Lo que importa es que lo hayas leído.

CHICA. Sí.

RAFAEL SALGADO. Mañana voy a estar firmando la novela en la Librería Dante. Si te pasas por allí te la puedo firmar.

CHICA. ¿Mañana? No sé si voy a poder. El caso es que... el libro no lo tengo. Físicamente.

RAFAEL SALGADO. Físicamente.

CHICA. El ejemplar que leí no era mío.

RAFAEL SALGADO. Te lo prestaron.

CHICA. No exactamente.

RAFAEL SALGADO. ¿Te lo descargaste por internet?

CHICA. ¡No! Yo leo libros para otros. Para otra gente. Y los libros los compran ellos. Yo solo los leo.

RAFAEL SALGADO. ¿Eres lectora... profesional?

CHICA. Algo así. Para una sola persona. Ahora siempre es la misma. Ella compra los libros. Yo los leo.

RAFAEL SALGADO. Es un trabajo bonito.

CHICA. Lo hago más que nada por gusto. Sin interés... económico.

RAFAEL SALGADO. Sois amigas.

CHICA. No. Me gusta leer, y no tengo dinero para comprar libros.

RAFAEL SALGADO. Pero sí compras bikinis.

CHICA. Algún libro he comprado en mi vida.

RAFAEL SALGADO. Los míos no. (*Tratando de ser simpático.*) Es normal.

CHICA. Solo compro clásicos. Borges, Balzac, Jane Austen. Cosas de esas.

RAFAEL SALGADO. Es normal. Ellos son los mejores. Me siento orgulloso de que me hayas leído. ¿Me dejas que te regale un ejemplar de *La cerradura* dedicado?

CHICA. *La cerradura* nos ha gustado mucho. Y el anterior, *La tormenta en el lago*, también. Ella los tiene todos. Los seis.

RAFAEL SALGADO. Estupendo. En realidad... tengo siete publicados.

CHICA. Lo sé. Pero *La diosa Ganga* era un libro de viajes por el río Ganges. A nosotras solo nos gustan las novelas.

RAFAEL SALGADO. Eso está muy bien.

CHICA. Bueno, le dejo tranquilo.

RAFAEL SALGADO. ¿Más aún? Ya ves que las multitudes no me agobian. Estarán todos en la sección de bañadores. A mí me haría falta uno. Cuando acabe la promoción del libro nos queremos ir a la playa unos días.

CHICA. Los bikinis no eran muy bonitos. Me llamo Nieves. Encantada. (*Le da la mano bruscamente y sale. Larga mirada de Rafael Salgado a la chica que desaparece.*)

Oscuro breve.

Al volver la luz, Rafael Salgado sigue ante la mesa de la firma, que ahora tiene tres montones menos de libros. Reaparece Nieves tímidamente, por la derecha, llevando una pequeña bolsa de plástico.

RAFAEL SALGADO. Nieves.

NIEVES. *(Ha decidido tutearle.)* Has firmado bastantes.

RAFAEL SALGADO. Me has dado suerte. Tú fuiste la primera.

NIEVES. En no comprar.

RAFAEL SALGADO. En leerme. Diste un buen ejemplo. *(Señalando su bolsa de plástico.)* ¿El bikini?

NIEVES. No. Un pareo.

RAFAEL SALGADO. Ah. ¿Te bañarás así? ¿Sin...?

NIEVES. No me gusta bañarme. Me gusta la playa.

RAFAEL SALGADO. A mí lo contrario. La arena me da grima, y las sombrillas y los niños con sus cubitos me ponen nervioso. Me baño y me voy enseguida.

NIEVES. ¿Y a ella tampoco le gusta la playa?

RAFAEL SALGADO. Y quién es ella.

NIEVES. Bueno. Antes me dijiste que «os queráis ir a la playa».

RAFAEL SALGADO. Sí. Pero no te dije con quién me quería ir.

NIEVES. Es verdad. Se llama Eugenia. Eugenia Lara.
¿Verdad?

RAFAEL SALGADO. ¿Y qué más sabes de ella?

NIEVES. Que es escritora, poeta solo, por eso no la he
leído ni la leeré nunca... No entiendo la poesía.

RAFAEL SALGADO. Si te digo la verdad, yo tampoco. Y
eso que la tengo tan cerca.

NIEVES. Una línea detrás de otra. Y a veces versos
con dos letras solo. A mí lo que me gusta son
las páginas todas llenas. Palabras que no te dejen
ni respirar. Los novelones. *(Pero no quiere seguir
con sus propias revelaciones.)* También sé que
Eugenia Lara estuvo contigo en ese viaje por la
India, navegando por el río Ganges, y que no
tenéis hijos.

RAFAEL SALGADO. ¿Y algo más?

NIEVES. Sí. Que a tu mujer no le gustan las fotos, y
que nadie sabe cómo es físicamente.

RAFAEL SALGADO. Físicamente.

NIEVES. Sus libros de poesía no llevan su fotogra-
fía, su editor tiene prohibido dar a conocer su
imagen, y, una vez que iba contigo por la calle
y os sorprendieron, Eugenia le dio un golpe al
fotógrafo y le abrió la cámara.

RAFAEL SALGADO. Casi le abrió la cabeza. ¿Eso no lo
sabías?

NIEVES. Lo leí en la revista *Letras Libres*. Un artículo sobre los matrimonios de escritores. Sartre y la Beauvoir, Sylvia Plath y Ted Hughes, Paul Auster y Siri Hustvedt, Juan Benet y Blanca Andreu, Elvira Lindo y Muñoz Molina...

RAFAEL SALGADO. Sartre...

NIEVES. Sartre y la Beauvoir no estaban casados, ya lo sé. Pero fueron la pareja más estable del siglo xx.

RAFAEL SALGADO. A su manera.

NIEVES. Cada pareja se quiere de una manera diferente.

RAFAEL SALGADO. Sartre y la Beauvoir se quisieron mucho pero se pusieron los cuernos sin parar.

NIEVES. (*¿Insinuante?*) A veces pasa...

Interrupción: entra por la derecha (puerta natural de acceso a la sección de librería de los almacenes) una compradora, que sobresalta a Rafael y a Nieves, más a ella que a él. Visiblemente molesta, Nieves se retira a un segundo plano.

CLIENTA. ¿Me lo firma? Es para mi marido. Trabaja en la sección comercial de *Gas Natural*, y a estas horas no puede salir de la oficina. «Para Daniel, que vive en una nube».

RAFAEL SALGADO. Nunca me habían dictado mis dedicatorias.

CLIENTA. Perdone. ¿Sabe lo que pasa? Una vez fui a que me firmara Ju... Bueno, un novelista actual conocido, y no sé si es que le gusté o qué, el caso es que en vez de ponerme «para Mercedes», que es como me llamo yo, me puso un número de teléfono y una flecha.

RAFAEL SALGADO. Una flecha atravesando un corazón.

CLIENTA. Una flecha sin punta de flecha. No sé si me entiende...

RAFAEL SALGADO. Una flecha terminada... ¿como este capuchón de mi pluma estilográfica?

CLIENTA. Algo parecido, pero más gruesa.

RAFAEL SALGADO. Le propongo un pacto. Yo no me voy a insinuar, pero usted, Mercedes, me deja que yo le ponga lo que quiera a Daniel. Lo de la nube no me inspira.

CLIENTA. Muy bien.

Rafael le firma un libro, mientras Mercedes trata de leer por encima del hombro del escritor, que se tapa la mano y la pluma, y Nieves se impacienta.

RAFAEL SALGADO. Aquí lo tiene.

CLIENTA. *(Abre la página ávidamente y lee la dedicatoria.)* Muy bien. Muy ingenioso. *(Y sale de escena riéndose con picardía y sacando del bolso los veinte euros que cuesta el libro.)*

RAFAEL SALGADO. *(A Nieves, que se acerca de nuevo a la mesa.)* ¿Quieres saber qué le puse?

NIEVES. Prefiero que pienses una más atrevida para mí.

RAFAEL SALGADO. ¿Te has decidido por fin?

NIEVES. ¿A comprarlo? Creí que me lo regalabas.

RAFAEL SALGADO. Por supuesto. La tuya la tengo que pensar más. Luego.

NIEVES. ¿Cuando hayas acabado todos esos montones?

RAFAEL SALGADO. No. Dentro de media hora, cuando acabe la primera sesión de firmas; hay un descanso para el almuerzo. ¿Puedes esperar media hora?

NIEVES. Estábamos hablando de la playa.

RAFAEL SALGADO. Nieves, ¿sabes lo que me gustaría? Que me leyese.

NIEVES. ¿Dónde?

RAFAEL SALGADO. Aquí. Ahora. Un poco. Que me leyese en voz alta algo de mi novela.

NIEVES. ¿Aquí? ¿Y si llegan lectores de los que sí compran tus libros?

RAFAEL SALGADO. No es buena hora. Ya me dijeron los de la librería que la firma fuerte sería por la tarde.

NIEVES. Me da no sé qué.

RAFAEL SALGADO. ¿Tú? ¿No es a lo que te dedicas?

NIEVES. Te propongo un pacto. Como el tuyo con la señora de la nube.

RAFAEL SALGADO. Depende.

NIEVES. Yo te leo si tú me enseñas una foto de Eugenia Lara. La que llevas en la cartera.

RAFAEL SALGADO. ¿También decían eso en el artículo de *Letras Libres*?

NIEVES. Eso lo dice el sentido común. Todos los maridos enamorados llevan la foto de su mujer en la cartera.

RAFAEL SALGADO. ¿Y por qué tendría yo que tener sentido común? ¿Por qué tendría que estar enamorado de mi mujer? ¿Y por qué ella iba a dejar que yo llevase una fotografía suya?

NIEVES. ¿Aceptas el pacto?

RAFAEL SALGADO. *(Se saca del bolsillo interior de la chaqueta su cartera y se la pasa, ya abierta, a Nieves.)* Busca tú la foto de Eugenia.

NIEVES. Prefiero que me la des tú mismo.

RAFAEL SALGADO. Tengo confianza en ti. Eres la única lectora de seis libros míos que conozco en carne y hueso.

NIEVES. ¿Y Eugenia? ¿No te lee ella?

RAFAEL SALGADO. Sí, pero ella ha leído los siete.

NIEVES. *(Fisga un poco en la cartera.)* No hay fotos. De nadie. Y una tarjeta de crédito solo. Dos entradas para el teatro. Teatro del Liceo. *La Traviata.* *(Consulta su reloj-calendario.)* El martes próximo. *(Le devuelve la cartera.)*

RAFAEL SALGADO. Te propongo algo mejor que una foto. Si me lees ahora, te dejaré ver a Eugenia.

NIEVES. ¿De verdad?

RAFAEL SALGADO. Físicamente. No te digo cuándo, pero cumpliré mi promesa.

NIEVES. Me fío de ti. A cambio de mi fe, me tienes que dejar elegir a mí el fragmento que voy a leer.

RAFAEL SALGADO. De acuerdo. *(Toma un ejemplar de uno de los montones y se lo pasa a Nieves.)*

NIEVES. *(Toma el libro y va directamente, sin dudarlo, a una página concreta.)* Empiezo. «La lluvia era la excusa perfecta. La terraza estaba mojada, las tumbonas húmedas, el suelo de losetas resbaladizo, las copas de vino aguadas. Así que Manuela le propuso dejarlo todo allí, como en el momento en que la tormenta empezó, y pasar al cuarto de...».

Mientras Nieves lee, entra por la izquierda una mujer elegante y de edad no del todo definida (entre los 35 y los 40). Rafael se da cuenta de su entrada, la mira con un gesto acogedor, al que la mujer

responde indicándole que se concentre, como ella, en la lectura; Nieves, absorta en el libro, no repara en la recién llegada.

NIEVES. (*Sigue la lectura.*) «... los invitados, donde la maleta seguía cerrada encima de la cama, los zapatos de tacón volcados en la alfombra, las gafas de sol abiertas en la taza del lavabo, manchando con su pasta negra la loza blanca...».

MUJER. (*Recita sin leer.*) «... y seca. Alfonso llevaba en la mano izquierda su revólver, y con la derecha levantó en vilo la maleta, sintiendo por su peso que Manuela no estaba de paso, y después la dejó en la alfombra, entre los estiletes de los zapatos de ella, apuntados frente a frente. Y nada más.»

NIEVES. (*No parece sorprendida ni molesta por la irrupción de la mujer y su lectura de memoria de la novela, que ella retoma, pero en su caso leyendo.*) «Nada más. Se quedaron así, inmóviles, acercados sus cuerpos, entre la cama y el lavabo, hasta que las patillas de las gafas negras, como los élitros de un insecto enorme y acusador, indicaron que tenían que separarse antes de que llegara Jonás».

Rafael las observa sin intervenir, como el invitado de un sublime espectáculo ajeno a él. Nieves va a seguir su lectura, la desconocida va a abrir la boca

y continuar también ella su recitado de memoria, pero una potente voz femenina las interrumpe desde las alturas:

Voz. Estimados clientes, les recordamos que hoy martes se encuentra con nosotros el escritor Rafael Salgado firmando ejemplares de su nueva novela *La cerradura* en la sección de Libros y Papelería de nuestros almacenes. Terminada su primera ronda de firmas, La Continental se complace en anunciarles que podrán ustedes volver a disfrutar de la presencia y la dedicatoria personalizada del señor Salgado a partir de las 16.30. Muchas gracias.

Oscuro. Cuando vuelve la luz, todo sigue igual en el escenario, con nuevos montones de ejemplares del libro repuestos encima de la mesa. Un muchacho de unos 18 años espera impaciente junto a la silla vacía con el libro ya en una mano, y en la otra la bolsa de plástico de los almacenes. Asoma por la derecha Rafael Salgado con la cara feliz y un poco abotargada de quien ha bebido abundantemente un buen vino en el almuerzo. De espaldas, sin que el chico que espera pueda ver la escena, Rafael Salgado hace un gesto mudo de despedida a alguien invisible para el espectador; tras unos instantes de espera, viendo cómo su acompañante o acompañantes se alejan, Rafael lanza con la mano un beso, y después otro.